



ACTO V

ESCENA PRIMERA

Aposento en el palacio de Teseo

Entran TESEO, HIPOLITA, FILOSTRATO, señores
y séquito.

HIPÓLITA

Qué extraña cosa es, Teseo mío, lo que refieren estos amantes!

TESEO.—Más extraña que verdadera. Yo no creeré nunca en esas antiguas fábulas ni en esos juegos de hadas. Los enamorados y los locos viven tan alucinados, y con tan caprichosas fantasías, que imaginan más de lo que la fría razón puede comprender. El lunático, el enamorado y el poeta no son más que un pedazo de imaginación. El uno ve más demonios de los que pueden caber en el infierno; éste es el loco furioso. El enamorado, no menos frené-

tico que éste, ve la belleza de Elena en una cara bronceada de Egipto. El ojo del poeta, girando en medio de su arrobamiento, pasea sus miradas del cielo á la tierra y de la tierra al cielo; y como la imaginación produce formas de cosas desconocidas, la pluma del poeta las diseña y da nombre y habitación á cosas etéreas que no son nada. Tal es el poder alucinador de la imaginación, que le basta concebir una alegría, para crear algún ser que se la trae; ó en la noche, si presume algún peligro, ¡con cuánta facilidad toma un matorral por un oso!

HIPÓLITA.—Pero el ser repetida unánimemente la narración por todos, y el transfigurarse así la mente de todos ellos, dan testimonio de algo más que imágenes de la fantasía, y toma más cuerpo el relato. Como quiera que sea, es extraño y admirable.

(Entran Lisandro, Demetrio, Hermia y Elena).

TESEO.—Aquí vienen los desposados, llenos de regocijo y buen humor. ¡Alegría, gentiles amigos! Alegría y risueños días de amor acompañen vuestros corazones!

LISANDRO.—Más que á nosotros, acompañen vuestros regios pasos, vuestra mesa y vuestro lecho!

TESEO.—Veamos ahora qué mascaradas, qué bailes tendremos para pasar esta eternidad de tres horas entre la de cenar y la de dormir? ¿Dónde está nuestro director de fiestas? ¿Qué pasatiempos se preparan? ¿No hay algún juego para distraer el fastidio de esta hora de tortura? Llamad á Filóstrato.

FILÓSTRATO.—Heme aquí, poderoso Teseo.

TESEO.—Dí ¿cómo vamos á aligerar esta tarde? ¿Qué máscaras? ¿Qué música? ¿Cómo engañaremos al perezoso tiempo, si no con algún deleite?

FILÓSTRATO.—Aquí tengo una relación de los festejos ya dispuestos. Vuestra Alteza escogerá el que prefiera ver primero. *(Dándole un papel.)*

TESEO *(Leyendo)*.—«La batalla de los Centauros, cantada por un eunuco en el arpa.» No quiero nada

de eso. Ya lo he referido á mi amada en honor de mi pariente Hércules.—«El motín de las bacanales ebrias destrozando en su cólera al cantor de Tracia.»—Ese es un tema manoseado, y ya se exhibió la última vez que volví vencedor de Tebas.—«Las nueve musas llorando la muerte del saber, que ha fallecido recientemente en la mendicidad (1).» Eso es una especie de sátira, acerada y punzante, que no se aviene bien con una ceremonia nupcial.—«Breve y fastidiosa escena del joven Píramo y su amante Tisbe; sainete muy trágico.» ¿Sainete y trágico? ¿Breve y fastidioso? Esto es hielo caliente y nieve de color. ¿Cómo se podrán atar estos cabos?

FILÓSTRATO.—Señor, es una representación que apenas pasará de una docena de palabras, lo cual es lo más breve que en punto á representaciones se puede dar. Sin embargo, tiene como doce palabras ociosas; lo cual la hace fastidiosa porque en toda la representación no hay palabra adecuada ni actor idóneo. Y es trágica además, señor, porque en ella se suicida Píramo. Confieso que cuando ví el ensayo, me reí hasta que se me saltaron las lágrimas; y á fe que nunca se habrán derramado con más júbilo.

TESEO.—¿Quiénes representan esto?

FILÓSTRATO.—Gentes rudas, trabajadores de Atenas, que jamás ejercitaron la mente, y ahora han sobrecargado su rústica memoria con este trozo, en ocasión de vuestras bodas.

TESEO.—Y queremos oírlos.

FILÓSTRATO.—No, muy noble señor: no es cosa digna de vos. He oído la obra y no es nada, no vale absolutamente nada; á menos que os divierta su intento y el sobrehumano esfuerzo y la cruellísima

(1) Alusión á un poema de Spencer, muerto de miseria.

labor que se han echado á costas creyendo serviros.

TESEO.—Oiré esa representación; porque nada me parece mal cuando se inspira en la ingenuidad y en el deber. Id á traerlos. Sentáos, señoras.

(Sale Filóstrato.)

HIPÓLITA.—Duéleme ver fracasar á estos infelices en sus esfuerzos, y el celo sucumbir humillado.

TESEO.—¡Cómo, dulce amiga mía! No veréis tal cosa.

HIPÓLITA.—Dice que no son capaces de hacer nada aceptable en este género.

TESEO.—Pues será mayor bondad que les demos gracias por nada. Nos divertiremos con sus yerros. En cuánto emprende el buen deseo, el ánimo noble y generoso considera complacido, no el escaso mérito logrado, sino el de la intención. Adonde quiera que fuí, grandes letrados me han recibido con muy estudiadas arengas, y los he visto pálidos y temblorosos atascarse en medio de las frases, ahogar en su temor sus habituales acentos, y finalmente quedar callados y no darme bienvenida alguna. Pero ese mismo silencio, amada mía, era para mí cumplido lisonjero; y tan expresiva la modestia del deber tímido, como la bulliciosa lengua de una elocuencia audaz y parlera. El amor y la muda sencillez, á mi juicio, hablan más en menos palabras.

(Entra Filóstrato.)

FILÓSTRATO.—Con la venia de vuestra Alteza el Prólogo está listo.

(Sonido de trompetas.)

TESEO.—Haced que se presente. (Entra Prólogo.)

PRÓLOGO.—«Si os ofendemos será con nuestra buena voluntad. Eso debéis pensar; que no venimos á ofender sino con nuestra buena voluntad. Dar una muestra de nuestro deseo de serviros, es el verdadero principio de nuestro fin. Considerad, pues, que si viniéramos á cansaros, no vendríamos. Nuestro verdadero intento es: todo por vuestro

»deleite. Los actores están prontos; y por su exhibición sabréis lo que debéis saber.»

TESEO.—Este mozo no hace mucho caso de la puntuación.

LISANDRO.—Ha pasado por su prólogo como un potro desbocado: no podía detenerse. Gran enseñanza, señor: no basta hablar, sino hablar con propiedad.

HIPÓLITA.—Es verdad que ha repetido su prólogo como un niño su lección: todo sonidos y ningún discernimiento.

TESEO.—Su discurso ha sido como una cadena que se enreda; no faltaba un solo anillo, pero andaban revueltos.

(Entran Píramo y Tisbe, Muro, Luz de luna, y León, personaje mudo).

PRÓLOGO.—«Gentil público. Quizás os admiráis de este espectáculo; pero admiraos en buen hora, hasta que la verdad lo haga ver todo claramente. Este hombre es Píramo, si queréis saberlo; y esta bella señora es Tisbe. Este hombre con cal y cemento, representa el muro, el vil muro que separaba á los dos amantes. Y por las grietas del muro los pobrecillos se contentaban con hablarse en voz baja; de lo cual ningún hombre se debe admirar. Este hombre con su linterna y su perro, representa la luz de la luna; porque habéis de saber que estos amantes no tuvieron á menos encontrarse á la luz de la luna junto al sepulcro de Nino, para galantearse allí. Esta pardusca bestia, que tiene por nombre león, asustó, ó más bien, espantó á la fiel Tisbe, que llegó primero, y en su fuga dejó caer su manto, que el vil león manchó con su sangrienta boca. A tal punto, llega Píramo, bello y arrogante mozo, y encuentra el manto destrozado de su fiel Tisbe; con lo cual echó mano á su espada; la culpable sanguinaria espada, atravesó su herviente y sangriento pecho; y Tisbe oculta á la sombra de los matorrales, sacó su puñal y murió.

»Ahora discurran largamente el león, la luz de la
»luna, el muro y la pareja de amantes, mientras
»estén aquí.»

(Salen Prólogo, Tisbe, León y Luz de luna).

TESEO.—Dudoso estoy de si habrá de hablar el
león.

DEMETRIO.—No hay que dudarlo, señor. Puede muy
bien hablar un león cuando lo hacen tantos jura-
mentos.

MURO.—«En este mismo sainete acontece que yo,
»de apellido Snowt, represento un muro; un muro
»tal como deseo que os lo imaginéis; que tiene un
»agujero, ó sea una grieta. Por allí los amantes Pí-
»ramo y Tisbe se hablan á menudo muy secreta-
»mente. Esta cal, esta piedra y este cimientó, mues-
»tran que yo soy el muro. Así es la verdad. Y estas
»aberturas de mi mano derecha y de mi izquierda,
»son las grietas por las cuales cuchichean los te-
»merosos amantes.»

TESEO.—No cabe que la cal y el cimientó hablen
mejor.

DEMETRIO.—Es la más ingeniosa relación que he
oído jamás, señor.

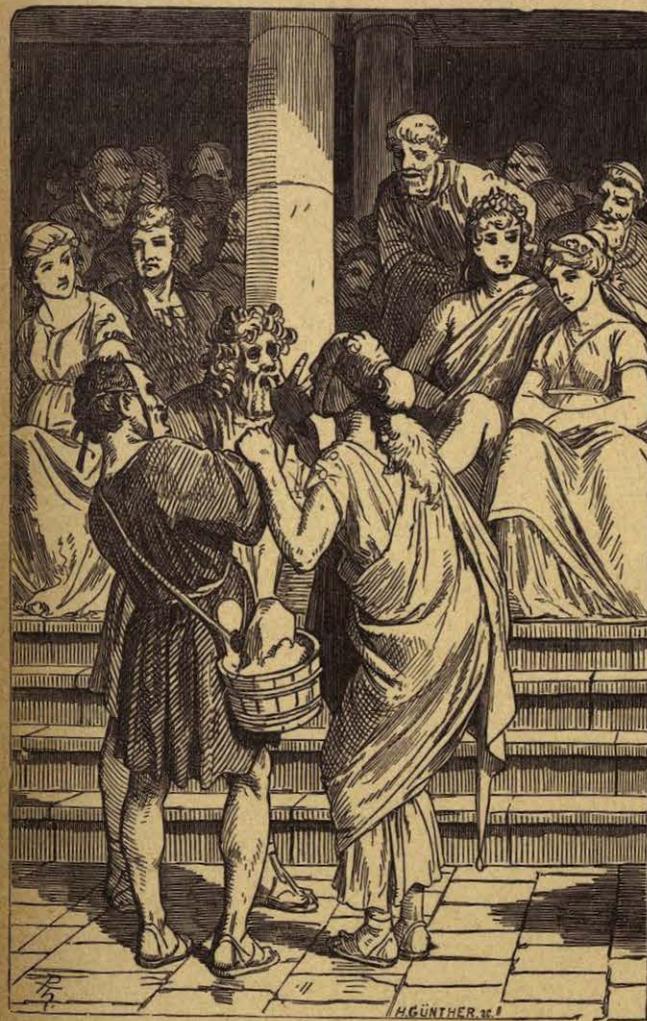
TESEO.—Píramo se acerca al muro. ¡Silencio!

(Entra Píramo.)

PÍRAMO.—«¡Oh fiera noche! ¡Noche de color tan
»negro! ¡Oh noche! ¡Oh noche! ¡Ay de mí! ¡Ay de
»mí! ¡Ay de mí! Y tú ¡oh muro! que estás entre las
»tierras de su padre y la mía! Tú, muro, oh muro,
»oh dulce y adorable muro, muéstrame tu agujero
»para poner allí mi ojo y echar una mirada! (Muro
»levanta la mano abriendo los dedos.) ¡Gracias, cortés
»muro! Que Júpiter te proteja por tan raro servicio!
»¿Pero qué veo? Veo que no está Tisbe. ¡Oh muro
»malvado, por entre el cual no veo la dicha, maldi-
»tas sean tus piedras que así me engañan!»

TESEO.—Se me figura que el muro, si es puntillo-
so, debería maldecir á su vez.

PÍRAMO.—No, señor, en realidad no debería hacer-



TISBE.—Beso el agujero del muro, pero no tus labios

lo. «Así me engañan» es el punto en que le llega el turno á Tisbe, y ella ha de entrar, y yo he de ponerme á mirar por el agujero. Ya veréis cómo va ocurriendo exactamente cuanto digo. Ella se acerca.

(*Entra Tisbe.*)

TISBE.—«¡Oh muro! Con harta frecuencia has oído mis lamentos por tenerme tú separada de mi hermoso Píramo. Mis labios de cereza han besado á menudo tus piedras, tus piedras unidas con cal y cemento.»

PÍRAMO.—«Veó una voz. Ahora voy á la abertura para asomarme y oír la cara de mi Tisbe. ¡Tisbe!

TISBE.—«¡Amor mío! ¡Eres mi amor, á lo que opino!

PÍRAMO.—«Opina lo que quieras. Soy la gracia de tu amor, y todavía soy fiel como *Limandro*.

TISBE.—«Y yo como Elena, hasta que los hados den conmigo en tierra.»

PÍRAMO.—«No fué tan fiel *Shafalo* á *Procro*.

TISBE.—«Pues yo te soy fiel como *Shafalo* á *Procro* (1).»

PÍRAMO.—«¡Oh! Bésame por el agujero de esta maldita pared!

TISBE.—«Beso el agujero del muro, pero no tus labios.»

PÍRAMO.—«¿Quieres venir á encontrarnos en el sepulcro de Nino?

TISBE.—«En vida y en muerte; voy sin demora.»

MURO.—«Yo, muro, he desempeñado ya mi parte: y siendo así, se marcha el muro.»

(*Salen Muro, Píramo y Tisbe.*)

TESEO.—«Ya está ahora caída la muralla entre los dos vecinos.»

DEMETRIO.—«Así ocurre forzosamente, señor, cuando las paredes se atreven á oír sin decir esta boca es mía.»

(1) «*Limandro*» por Leandro, «*Shafalo*» por Céfalo y «*Procro*» por Procris.

HIPÓLITA.—Esto es la tontería más grande que he oído jamás.

TESEO.—La mejor comedia de este género es pura ilusión, y las peores no son lo peor, si la imaginación las enmienda.

HIPÓLITA.—Entonces el mérito será de vuestra imaginación y no de la suya.

TESEO.—Si no les juzgamos peor de lo que se juzgan ellos, podrán pasar por hombres excelentes. Mirad, ya vienen dos nobles bestias: la luna y un león.

(Entran León y Luz de luna.)

LEÓN.—«Señoras: vosotras cuyo tímido corazón »amedrenta un ratoncillo, que corre por el piso, »diérais acaso temblar de pavor aquí, cuando un »león salvaje ruje colérico. Por tanto debéis saber »que yo, el ensamblador Snowt, no soy ni león fe- »roz ni siquiera cachorro; porque si viniera á lu- »char aquí como león de veras, no daría un ardite »por mi vida.»

TESEO.—Bestia muy gentil, y de honrada conciencia.

LISANDRO.—Este león es, por su valor, un verdadero zorro.

TESEO.—Verdad: y un ganso en la prudencia.

DEMETRIO.—No, mi señor, porque el zorro carga con el ganso, y el valor no se acompaña de la prudencia.

TESEO.—Seguro estoy de que su ingenio no cargaría con su valor, porque el ganso no carga con el zorro. Bien. Dejémoslo á su voluntad, y oigamos á la luna.

LUNA.—«Esta linterna representa la luna y sus cuernos.»

DEMETRIO.—En la cabeza debería llevarlos.

TESEO.—No está en creciente: los cuernos se le hacen invisibles cuando llega el plenilunio.

LUNA.—«Esta linterna representa la luna y sus »cuernos; y yo al hombre de la luna.»

TESEO.—Pues que lo metan en la linterna, porque si no, ¿cómo podrá ser el hombre de la luna? Este es el mayor error de todos.

DEMETRIO.—No se atreve á meterse, á causa de la bujía; pues, como veis, ya está en pavesas (1).

HIPÓLITA.—Ya estoy cansada de esta luna. Me alegraría de que mudara.

LISANDRO.—Proseguid, luna.

LUNA.—Todo lo que tengo que decir, es que esta linterna representa la luna; yo, al hombre en la luna; que este monojo de zarzas es mi manojo de zarzas; y que este perro es mi perro.

DEMETRIO.—Pues todas esas cosas debían estar dentro de la linterna, pues están en la luna. Pero, silencio; aquí llega Tisbe. (Entra Tisbe.)

TISBE.—«Esta es la tumba del viejo Nino. ¿Dónde está mi amor?»

LEÓN.—«¡Oh!» (El león ruje y Tisbe huye.)

DEMETRIO.—¡Bien rujido, león!

TESEO.—¡Bien corrido, Tisbe!

HIPÓLITA.—¡Bien alumbrado, luna! En verdad la luna brilla muy de buen grado.

TESEO.—¡Soberbio chillido de ratoncillo, león!

(León destroza el manto de Tisbe, y sale.)

DEMETRIO.—Y luego viene Píramo.

LISANDRO.—Y desaparece la luna. (Entra Píramo)

PIRAMO.—«¡Dulce luna, te doy gracias por tus rayos solares! Te doy gracias porque brillas con tanto fulgor; pues con tus torrentes de luz graciosos, dorados y chispeantes, confío saborear la más verdadera vista de Tisbe. Pero, ¡detente! ¡oh despecho! Pero observa, pobre caballero, ¿qué terrible dolor se ofrece á mis ojos? ¿veis? ¿Cómo puede ser esto? ¡Oh delicada tela! ¡Qué! tu buen manto manchado de sangre! ¡Acercaos, oh furias feroces! ¡Oh hados, venid, venid, cortad hilos y estambre, agostad, aplastad, concluid y matad!»

(1) Otro juego de palabras que no tiene traducción.

TESEO.—Este arrebató de pasión y la muerte de una amiga amada, casi, casi podrían poner triste á un hombre.

HIPÓLITA.—No quisiera, pero compadezco á ese hombre.

PIRAMO.—«¡Oh naturaleza! ¿Por qué hiciste leones? Pues un vil león ha ajado á mi amada, la cual es—¡no, no!—la cual era la más hermosa dama que haya amado, vivido, gustado, y puesto alegre rostro. Venid, lágrimas, y enturbiad mis sentidos. Sal, espada, y hiere la tetilla de Píramo: sí, esta tetilla izquierda debajo de la que late el corazón. Así muero, así, así. Ya estoy muerto. Ya he volado. Mi alma está en el cielo. Apaga, lengua, tu luz: emprende, luna, tu vuelo. Ahora muero, muero, muero, muero» (1). *(Muere.—Se va la luna.)*

TESEO.—Ya no es nada: ya está muerto. Pero con el auxilio de un cirujano puede resucitar hecho un asno.

HIPÓLITA.—¿Cómo es que la luz de la luna se va antes de que Tisbe vuelva y encuentre á su amante?

TESEO.—Ya lo encontrará á la luz de las estrellas. Aquí viene, y su resolución pone fin al sainete.

(Entra Tisbe.)

HIPÓLITA.—Se me antoja que esa desolación no ha de ser muy larga, para semejante Píramo.

DEMETRIO.—Una hebra de pelo haría inclinar la balanza entre el mérito de Píramo y el de Tisbe.

TISBE.—«¿Duermes, amor mío? ¡Qué! ¿Muerto, pichón mío? ¡Oh Píramo, levántate y habla, habla! ¿Mudo? Muerto! muerto y frío! Una tumba debe cubrir esos dulces ojos. Esas cejas color de lirio, esa nariz de cereza, esas mejillas color de retama, se han ido! se han ido! Gemid, amantes! Sus ojos eran verdes como alfalfa! ¡Oh parcas! Venid á mí, venid, con manos pálidas como la leche, y teñidlas en mi sangre, ya que habéis cortado con vuestras

(1) Sigue también otro juego de palabras intraducible.

»tijeras su sedoso hilo! Lengua, no digas ni una palabra más. Ven, fiel espada; ven, hoja, y queda embutida en mi pecho! Y adios, amigos—así acaba Tisbe—adiós, adiós!» *(Muere.)*

TESEO.—León y Luz de luna quedan para enterrar á los muertos.

DEMETRIO.—Y Muro también.

BOTTOM.—No. Os aseguro que el muro que separa-



ba á sus padres, está derribado. ¿Deseáis ver el epílogo, ó preferís que baile una pareja una danza bergamasca?

TESEO.—No hay necesidad de epílogo, pues vuestro sainete no necesita excusas. Cuando todos los actores están muertos, no hay á quién echar la culpa.

A fe mía que si el autor de la pieza hubiera hecho de Píramo y se hubiese ahorcado con una liga de Tisbe, habría sido una linda tragedia. Pero con todo, lo es, y muy bien desempeñada. Pero veamos el baile. *(Baile de bufones.)* La campana de media noche ha sonado las doce. Amantes, al lecho. Es casi la hora de las hadas. Temo que dormiremos hasta muy entrada la mañana. Y aunque hemos velado un

poco, este desatinado sainete nos ha hecho matar bien el pesado tiempo. Al lecho, amables amigos míos. Durante quince días continuaremos esta festividad, con nocturnos pasatiempos y nuevos festejos. *(Salen.)*

ESCENA II

Entra PUCK

PUCK.—Ahora ruje el león hambriento, y aúlla el lobo á la luna; mientras ronca el cansado labrador, abrumado por su ruda tarea. Ahora arden los tizones abandonados, mientras el buho con agudo chillido, hace que el infeliz hundido en la congoja se acuerde del sudario. Esta es la hora de la noche en que las tumbas se abren del todo para dejar salir los espectros que se deslizan por los senderos del cementerio y de la presencia del sol, siguiendo las sombras como un sueño. ¡Qué alegría la nuestra en este instante! No habrá ni un ratón que pertabe este hogar. Enviáronme, escoba en mano, á barrer el polvo detrás de la puerta.

OBERÓN.—Brillen alegres luces junto á la lumbre medio apagada. Y cada duende y hada salte tan ligero como el ave sobre los espinos. Y siguiéndome, bailen y canten alegremente.

TITANIA.—Repetid primero esta canción, acompañando cada palabra con melodioso trino. Y con gracia propia de hadas, mano á mano, cantemos y bendigamos este lugar.

CANTO Y BAILE

Ahora hasta rayar el día,
habiten aquí las hadas,
y de las tres desposadas

bendigamos la mejor.
La prole que nazca de ella
será siempre venturosa;
cada pareja amorosa
siempre fiel será á su amor.

Ni mostrará tacha alguna
su descendencia lozana,
de todas las que importuna
la naturaleza da.
Con las gotas del rocío
consagremos esta casa,
donde á sus dueños escasa
nunca la dicha será.

Cantad y bailad ahora
hasta que raye la aurora. *(Salen.)*



MEDIDA POR MEDIDA

Ilustración de *Friedrich*
Grabados de *Tegetmeyer*